

1

Suicidarse saltando al vacío era una forma asquerosa de pasar el día de San Patricio. Que te llamasen en tu día libre para convencer a alguien de que desistiese de saltar al vacío el día de San Patricio tampoco era lo mismo que tomar cervezas y tocar la gaita.

Phoebe se abrió paso esquivando a los ciudadanos y a los turistas de Savannah por las calles y aceras festivamente abarrotadas. Pensó que el capitán David McVee había sido previsor. Incluso mostrando la placa, habría perdido un tiempo precioso y muchos esfuerzos intentando cruzar las vallas y la multitud en su coche. En cambio, un par de manzanas al este de Jones Street el jolgorio disminuía y la atronadora música solo era una palpitación y un eco.

El agente uniformado la esperaba tal como le habían ordenado. Su mirada bajó desde la cara de ella hasta su placa, prendida en el bolsillo de los pantalones. Los pantalones cortos, las sandalias y la camiseta con el trébol, símbolo de Irlanda, bajo una chaqueta de lino no le daban, pensó Phoebe, el aspecto profesional que tanto se esforzaba por ofrecer en el trabajo.

Pero ¿qué le iba a hacer? Se suponía que debía estar en la terraza de la casa MacNamara, con su familia, bebiendo limonada y disfrutando del desfile.

—¿La teniente MacNamara?

—En efecto. Vamos. —Entró en el coche; sacó el móvil con una mano y se ató el cinturón de seguridad con la otra—. Capitán, estoy en camino. Infórmame.

La sirena empezó a sonar en cuanto el conductor pisó el acelerador. Phoebe sacó su cuaderno y empezó a tomar notas rápidamente:

Joseph (Joe) Ryder, suicida. Saltar al vacío, armado. Veintisiete, blanco, casado/separado. Camarero/despedido. Creencias religiosas no conocidas. No hay familiares presentes.

¿POR QUÉ? Abandonado por esposa, despedido de trabajo (bar deportivo), deudas de juego.

Sin antecedentes; no se conocen intentos de suicidio previos.

Sujeto alternativamente lloroso/beligerante. No ha habido disparos.

—Bien —dijo Phoebe sin aliento. Conocería mucho mejor a Joe muy pronto—. ¿Quién está hablando con él?

—Lleva el móvil encima. Los primeros en llegar al lugar no pudieron contactar con él. El tío les colgaba todo el rato. Tenemos aquí a su jefe, o ex jefe, que también es su casero. El sujeto ha hablado con él, pero no ha habido progresos.

—¿Y tú?

—Acababa de llegar cuando te he llamado. No quería marearlo con demasiada gente.

—Entendido. Mi tiempo estimado de llegada es de cinco minutos. —Miró al conductor, que asintió con la cabeza—. Manténlo con vida hasta que yo llegue.

Dentro del apartamento de Joe Ryder en el cuarto piso, Duncan Swift notaba cómo el sudor le resbalaba por la espalda. Un hombre al que conocía, con el que había tomado cervezas, había bromeado, con el que había orinado, ni más ni menos que en urinarios contiguos, estaba sentado en el pretil de la azotea que tenía encima con una pistola en la mano.

«Porque lo he despedido —pensaba Duncan—. Porque le he dado treinta días para dejar el apartamento. Porque no he estado atento.»

Era muy posible que Joe se pegara un tiro en la sien o se lanzara de cabeza al vacío. O ambas cosas.

No era precisamente el tipo de distracción que la gente esperaba el día de San Patricio. Aunque tampoco los mantenía alejados. La policía había acordonado la manzana, pero desde la ventana Duncan podía ver a gente apretujada contra la valla, con la cabeza levantada.

Se preguntó si Joe iría vestido de verde.

—Vamos, Joe, lo solucionaremos. —Cuántas veces, se preguntó Duncan, tendría que repetir esta misma frase que el policía no dejaba de señalarle en su cuaderno—. Deja la pistola y entra.

—¡Me has despedido, cabrón!

—Sí, sí, lo sé y lo siento, Joe. Estaba enfadado. —«Me robaste, imbécil», pensó Duncan. «Me engañaste, me robaste. Me pegaste un puñetazo, maldita sea»—. No era consciente de lo angustiado que estabas, no sabía qué te pasaba. Si entras lo solucionaremos.

—Sabes que Lori me ha dejado.

—Yo... —«No, no digas yo», recordó Duncan. Tenía un dolor de cabeza de mil demonios, pero se esforzó por recordar las instrucciones que le había dado el capitán McVee—. Debías de estar hundido.

La respuesta de Joe fue echarse a llorar otra vez.

—No deje de hablarle —murmuró Dave.

Duncan escuchó las quejas llorosas de Joe e intentó repetir las frases clave tal como le habían indicado.

La pelirroja entró en la habitación como una bala. Se quitó la chaqueta ligera mientras hablaba con el capitán, y enseguida se puso un chaleco antibalas. Realizaba todos sus movimientos a la velocidad del relámpago.

Duncan no podía oír qué decían. Y no podía apartar sus ojos de ella.

Decisión fue la primera palabra que le vino a la cabeza. Después energía. Después sexy; aunque la tercera estaba mezclada con las dos primeras en proporciones equitativas. Ella meneó la cabeza y miró a Duncan; una mirada larga y fría, con unos ojos verdes y felinos.

—Tiene que ser cara a cara, capitán. Ya lo sabías cuando me has metido en esto.

—Puedes intentar hablar con él por teléfono primero.

—Ya se ha intentado. —Phoebe estudió al hombre que trataba de transmitir tranquilidad al lloroso sujeto. Ex jefe y case-ro, dedujo.

Muy joven, pensó también. Un chico guapo que parecía estar esforzándose mucho por no perder la cabeza.

—Necesita un rostro. Necesita contacto personal. ¿Ese es su jefe? —preguntó Phoebe al capitán.

—Duncan Swift, propietario del bar de la planta baja de este edificio. Ha avisado al nueve uno uno cuando el sujeto le ha llamado para decirle que pensaba lanzarse desde la azotea. Swift ha estado aquí desde entonces.

—Entendido. Tú estás al mando, pero negocio yo. Necesito subir. A ver qué le parece al sujeto.

Se acercó a Duncan y le indicó con gestos que le pasara el teléfono.

—¿Joe? Soy Phoebe. Trabajo en el departamento de policía. ¿Cómo te va ahí arriba, Joe?

—¿Por qué?

—Quiero asegurarme de que estás bien. ¿Hace calor, Joe? El sol pega fuerte hoy. Le pediré a Duncan que nos traiga un par de botellas de agua fría. Me gustaría subirlas y hablar contigo.

—¡Tengo un arma!

—Me lo han dicho. Si subo con una bebida fría para ti, ¿me vas a disparar, Joe?

—No —dijo él tras un largo momento—. No, mierda. ¿Por qué iba a hacerlo? Ni siquiera la conozco.

—Te subiré una botella de agua. Yo sola, Joe. Quiero que me prometas que no vas a tirarte ni vas a disparar el arma. ¿Me prometes que me dejarás salir si te llevo una botella de agua?

—Prefiero una cerveza.

El tono nostálgico de su voz dio pie a Phoebe para continuar.

—¿Qué marca te gusta?

—Got Harper de botella, en la nevera.

—Marchando una cerveza fría. —Se acercó a la nevera y vio que prácticamente solo había cerveza. Cuando estaba sacando una, Duncan se acercó para abrísela. Ella asintió, cogió la única Coca-Cola que había y le quitó el tapón—. Voy a subir con la cerveza, ¿vale?

—Sí, me apetece una cerveza.

—¿Joe? —La voz de Phoebe era tan fría como las botellas que llevaba en la mano; mientras, un policía le instalaba un micro y le quitaba el arma—. ¿Vas a suicidarte?

—Esa es la idea.

—Pues mira, si esa es tu idea, no me parece que sea muy buena.

Phoebe siguió a uno de los agentes fuera del piso y subió la escalera hasta la azotea.

—No tengo nada mejor que hacer.

—¿Nada mejor? A mí me parece que estás muy bajo de moral. Estoy frente a la puerta, Joe. ¿Te parece bien que salga?

—Sí, sí, ya lo he dicho, ¿no?

Ella tenía razón con lo del sol. Pegaba tan fuerte que el calor

rebotaba del suelo de la azotea como una bola de fuego. Phoebe miró inmediatamente a la izquierda y lo vio.

No llevaba nada excepto lo que parecían unos calzoncillos negros. Era rubio y tenía la piel clara, aunque esta se había vuelto dolorosamente rosa y brillante. La miró con los ojos hinchados de llorar.

—Creo que debería haber subido protección solar además de la cerveza. —Levantó la cerveza para que él la viera—. Te estás asando aquí fuera, Joe.

—Me da igual.

—Te agradecería mucho que bajaras esa pistola, Joe, para que pueda llevarte la cerveza.

Él negó con la cabeza.

—Podría intentar algo.

—Te prometo que no intentaré nada si dejas la pistola mientras yo te llevo la cerveza. Solo quiero que hablemos, Joe; tú y yo, tranquilamente. Hablar da mucha sed con este sol.

Con los pies colgando en el vacío, Joe bajó la pistola y la dejó en su regazo.

—Déjela allí y retroceda.

—Entendido. —No le perdió de vista mientras se acercaba. Podía olerlo: sudor y desesperación; podía ver el sufrimiento en sus ojos castaños completamente enrojecidos. Dejó la botella con cuidado sobre el pretil y retrocedió—. Ya está.

—Si intenta algo, me tiro.

—Lo entiendo. ¿Qué ha ocurrido para que te deprimieras tanto?

Él cogió la cerveza y, apretando la pistola otra vez con la otra mano, le dio un buen trago.

—¿Por qué la han mandado subir?

—No me han mandado. He subido yo. Es lo que hago.

—¿Qué hace? ¿Es psiquiatra o algo así? —Se rió burlonamente y volvió a beber.

—No exactamente. Hablo con las personas, especialmente

con las personas con problemas, o que creen que los tienen.
¿Qué pasó para que pensaras que tenías problemas, Joe?

—Estoy jodido, eso ha pasado.

—¿Qué te hace pensar que estás jodido?

—Mi mujer me ha dejado. No llevamos ni seis meses casados y se larga. Me dijo mil veces que se iría. Que si volvía a apostar se largaría. No le hice caso. No la creí.

—Eso tiene que haberte puesto muy triste.

—Lo mejor que he tenido en mi vida y lo echo a perder. Creí que podía ganar... ganar un par de veces y dejarlo. No salió bien. —Se encogió de hombros—. Nunca sale bien.

—No es motivo suficiente para morir, Joe. Es duro, y es triste cuando alguien que quieres se va. Pero morir significa que nunca podrás enmendarlo. ¿Cómo se llama tu esposa?

—Lori —murmuró con los ojos llenos de lágrimas otra vez.

—No creo que desees hacer sufrir a Lori. ¿Cómo crees que se sentirá si haces una cosa así?

—¿Por qué iba a importarle?

—Le importabas lo suficiente como para casarse contigo. ¿Te parece bien que me siente? —Palmeó la barandilla a un par de metros de él. Cuando él se encogió de hombros, pasó una pierna por encima, se sentó y dio un sorbo a su bebida—. Creo que podemos solucionar esto, Joe. Buscar la manera de encontrar ayuda, ayuda para ti y para Lori. A mí me parece que a ti te gustaría arreglar las cosas.

—He perdido mi empleo.

—Eso es duro. ¿De qué trabajabas?

—Era el encargado de la barra. En el bar deportivo de abajo. Lori no quería que trabajara en ese tipo de local, pero le dije que me las arreglaría. Sin embargo, no lo hice. No pude. Empecé a hacer apuestas a escondidas. Y cuando empecé a perder, robé de la caja para que Lori no se enterara. Aposté más, perdí más, robé más. Me pillaron, me despidieron. También debo dinero del alquiler.

Cogió la pistola y jugueteó con ella. Phoebe se puso tensa y luchó contra el instinto de agacharse y ponerse a cubierto.

—¿Qué sentido tiene? No tengo nada.

—Entiendo que en este momento te sientas así. Pero la verdad, Joe, es que te quedan muchas cosas por hacer. Todo el mundo merece más de una oportunidad. Si te matas ahora, todo habrá terminado. Ya no habrá forma de arreglar nada. No habrá vuelta atrás, no podrás hacer las paces con Lori, ni contigo mismo. ¿Cómo la compensarías si tuvieras la oportunidad de hacerlo?

—No lo sé. —Miró a lo lejos, hacia la ciudad—. Oigo música. Debe de ser del desfile.

—Eso es algo por lo que vivir. ¿Qué tipo de música te gusta? Dentro del piso, Duncan exclamó:

—¿Música? ¿Qué tipo de música le gusta? Pero ¿qué demonios está haciendo?

—Le hace hablar. Lo tranquiliza hablando. Así él se va abriendo a ella. —Dave señaló el altavoz con la cabeza—. Mientras siga hablando de música no se lanzará al vacío.

Duncan escuchó cómo hablaban de música durante diez minutos; era una conversación que podría haber escuchado en cualquier bar o restaurante de la ciudad. Imaginaba a Joe en la azotea y le parecía surrealista. Imaginaba a aquella pelirroja con los ojos felinos y el cuerpo menudo y ágil manteniendo una conversación banal con un camarero casi desnudo, armado y suicida, y le parecía imposible.

—¿Cree que debería llamar a Lori? —preguntó Joe, esperanzado.

—¿Es lo que te gustaría hacer? —Sabía que habían intentado localizar, sin éxito, a la esposa de Joe.

—Me gustaría decirle que lo siento.

—Eso está bien, que le digas que lo sientes. Pero ¿sabes qué

les gusta a las mujeres? Yo lo sé porque soy una mujer. Que se lo demuestren. Creemos algo cuando lo vemos. Puedes demostrármelo ahora mismo si me das la pistola.

—Había pensado pegarme un tiro antes de saltar. O quizá a medio camino.

—Mírame, Joe. —Cuando volvió la cabeza, ella siguió mirándolo a los ojos—. ¿Es así como vas a demostrarle que lo sientes? ¿Haciendo que tenga que enterrarte y llorar por ti? ¿La estás castigando?

—¡No! —Su cara y su voz reflejaron consternación ante la idea—. Es culpa mía. Todo es culpa mía.

—¿Todo es culpa tuya? Yo no creo que algo pueda ser culpa solo de una persona. Pero arreglémoslo. Busquemos una manera de compensarla.

—Phoebe, debo casi cinco mil dólares de apuestas.

—Cinco mil es mucho. Me da la sensación de que te asusta deber tanto dinero. Sé qué es tener problemas de dinero pendiendo sobre tu cabeza. ¿Quieres que Lori tenga que cargar con tu deuda?

—No. Si yo muero, no paga nadie.

—¿Nadie? Es tu mujer. Es tu esposa legalmente. —Phoebe dudaba que existiera tal vinculación legal, pero se dio cuenta de que la idea apabullaba a Joe—. Podría ser responsable de tus deudas.

—Dios mío. Oh, Dios mío.

—Creo que ya sé cómo ayudarte con esto, Joe. ¿Joe? Mira, tu jefe está dentro. Está abajo porque está preocupado por ti.

—Es un buen tío. Dunc es un buen tipo. Le robé. No lo culpo por despedirme.

—Te oigo decir esto y veo que eres consciente de tus errores. Eres una persona muy responsable, Joe, y quieres enmendar esos errores. Por lo que me dices, Dunc es un buen tipo, así que tengo que creer que también lo comprende. Hablaré con él en tu favor si quieres. Soy buena hablando con la gente. Si te

da más tiempo para que le devuelvas el dinero, te ayudaría, ¿no crees?

—No... no lo sé.

—Hablaré con él.

—Es un buen tipo. Le robé.

—Estabas desesperado y asustado, y cometiste un error. Me da la sensación de que lo lamentas.

—Sí, es cierto.

—Hablaré con él en tu favor —repitió ella—. Tienes que darme la pistola, y bajar de ahí. No querrás hacer sufrir a Lori.

—No, pero...

—Si ahora pudieras hablar con Lori, ¿qué le dirías?

—Que... que no sé cómo he llegado tan lejos, y que lo siento. La quiero. No quiero perderla.

—Si no quieres perderla, si realmente la quieres, tienes que darme la pistola y bajar. Si no, Joe, lo único que le dejarás a ella será pena y culpa.

—No es culpa de ella.

Phoebe bajó del pretil y alargó una mano.

—Tienes razón, Joe. Tienes toda la razón. Demuéstraselo.

Él miró la pistola, y siguió mirando mientras Phoebe se inclinaba lentamente para cogerla. Estaba resbaladiza de sudor cuando le puso el seguro y se la guardó en el cinturón.

—Baja, Joe.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Baja y te lo explicaré. No te mentaré.

De nuevo, le ofreció la mano. No debía hacerlo y lo sabía. Los negociadores podían caer al vacío si el saltador tiraba de ellos. Pero mantuvo los ojos fijos en él, y después apretó fuerte los dedos sobre su mano.

Cuando los pies de él tocaron la azotea, se dejó caer al suelo y sollozó de nuevo. Ella se sentó a su lado, lo rodeó con un brazo y meneó furiosamente la cabeza en dirección a los policías que cruzaban la puerta.

—Todo se arreglará. Joe, ahora tendrás que ir con la policía. Tendrán que evaluarte. Pero todo se arreglará.

—Lo siento.

—Sé que lo sientes. Ahora ven conmigo. Ven conmigo. —Lo ayudó a levantarse y lo sostuvo mientras se dirigían hacia la puerta—. Te buscaremos algo de ropa. Nada de esposas —soltó cortante—. Joe, uno de los agente te dará una camisa, unos pantalones y unos zapatos. ¿Te parece bien?

Cuando él asintió, ella gesticuló hacia uno de los agentes en dirección al dormitorio.

—¿Voy a ir a la cárcel?

—Por muy poco tiempo. Empezaremos a buscarte ayuda enseguida.

—¿Llamará a Lori? Si viniera podría... podría demostrarle que lo siento.

—Por supuesto que sí. Quiero que te curen las quemaduras del sol, y necesitas beber agua.

Joe mantuvo los ojos bajos hasta que se puso unos vaqueros.

—Lo siento, tío —murmuró a Duncan.

—No te preocupes por nada. Mira, te conseguiré un abogado. —Duncan miró a Phoebe, perplejo—. ¿Debo hacerlo?

—Eso es algo entre usted y Joe. No se vaya. —Dio un ligero apretón al brazo de Joe.

Se lo llevaron, un agente a cada lado.

—Buen trabajo, teniente.

Phoebe sacó la pistola y la abrió.

—Una bala. No pensaba matar a nadie más que a sí mismo, y las posibilidades de que lo hiciera eran del cincuenta por ciento. —Entregó el arma a su capitán—. Tú adivinaste que necesitaba hablar con una mujer.

—Eso me pareció —convino Dave.

—Al final se ha visto que tenías razón. Alguien debería localizar a su esposa. Hablaré con ella si se niega a verle. —Se secó la frente sudorosa—. ¿Hay agua en alguna parte?

Duncan le pasó una botella.

—He hecho subir unas botellas.

—Se lo agradezco. —Bebió un buen trago mientras lo miraba. Cabellos espesos castaños, alrededor de una cara angulosa, con una boca fuerte y bien perfilada, y unos ojos azul claro que estaban llenos de preocupación—. ¿Va a denunciarle?

—¿Por qué?

—Por lo que le robó de la caja.

—No. —Duncan se sentó en el brazo de un sillón. Cerró los ojos—. Por Dios, no.

—¿Cuánto dinero era?

—Un par de miles, quizá un poco más. No tiene importancia.

—Sí la tiene. Debe devolverlos, por su autoestima. Si quiere ayudarlo, debe dejar que se los devuelva.

—De acuerdo. Bien.

—¿También es su casero?

—Sí, más o menos.

Phoebe arqueó las cejas.

—Parece que no lo tiene claro. ¿Puede esperar a cobrar un mes más?

—Sí, sí.

—Bien.

—Escuche... solo he oído que se llama Phoebe.

—MacNamara. Teniente MacNamara.

—Joe me gusta. No quiero que vaya a la cárcel.

Un buen tipo, había dicho Joe. En esto tenía razón.

—Es muy generoso por su parte, pero hay consecuencias. Asumirlas lo ayudará. Era un grito de ayuda, y ahora la tendrá. Si usted sabe a quién debe los cinco mil dólares... también tiene que pagar esa deuda.

—No sabía que apostaba.

Esta vez ella soltó una risita.

—¿Tiene un bar deportivo y no sabe que se hacen apuestas?

Él se puso recto. Ya tenía el estómago en un puño y ahora se le ponía rígida la espalda.

—Oiga, el Slam Dunc es un local tranquilo, no es un tugurio de la mafia. No sabía que tuviera un problema; en ese caso no le habría dejado trabajar allí. En parte es culpa mía, pero...

—No. No. —Ella levantó una mano, se frotó la frente húmeda con la botella fría—. Tengo calor. Estoy irritable. Y usted no tiene la culpa de nada. Le pido disculpas. Las circunstancias lo han llevado a subirse a esa azotea, y él es responsable de esas circunstancias y de las decisiones que ha tomado. ¿Sabe dónde localizar a su esposa?

—Supongo que estará en el desfile como todo el mundo en Savannah, menos nosotros.

—¿Sabe dónde vive?

—No exactamente, pero le he dado un par de números a su capitán. Amigos de ellos.

—La encontraremos. ¿Estará usted bien?

—Bueno, no voy a subir a la azotea y lanzarme al vacío. —Soltó un largo suspiro, y meneó la cabeza—. ¿Puedo invitarla a tomar algo, Phoebe?

Ella levantó la botella de agua.

—Ya lo ha hecho.

—Podría hacerlo mejor.

«Vaya, ahora un toque de seducción», pensó Phoebe.

—Así está bien. Debería irse a casa, señor Swift.

—Duncan.

—Hum. —Le sonrió ligeramente y recogió la chaqueta.

—Eh, Phoebe. —Fue corriendo a la puerta mientras ella salía—. ¿Puedo llamarte si me entran instintos suicidas?

—Inténtalo en el teléfono de la esperanza —gritó ella sin volverse—. Seguramente te convencerán de que no lo hagas.

Él se acercó al balcón para ver cómo se alejaba. Decisión, volvió a pensar. Podría llegar a gustarle mucho una mujer con decisión.

Después se sentó en un escalón y sacó el móvil. Llamó a su mejor amigo, que también era su abogado, para convencerlo de que representara a un camarero suicida y adicto al juego.

Desde el balcón del segundo piso, Phoebe observaba al perro pastor teñido de verde que hacía cabriolas. Parecía muy contento consigo mismo mientras adaptaba su paso al pífano y al tambor que tocaban un trío de duendes.

Joe estaba vivo, y aunque Phoebe se hubiera perdido la subida del telón, ahora estaba donde quería estar para el segundo acto.

Al final no había sido una forma tan mala de pasar el día de San Patricio.

A su lado, su hija de siete años saltaba con sus zapatillas verdes de deporte nuevas. Phoebe recordó la intensa campaña que Carly había llevado a cabo por esas zapatillas; había vencido todas y cada una de las resistencias por el precio o la falta de sentido práctico.

Las llevaba con unos pantalones verdes cortos con diminutos topos rosa fuerte, y una blusa verde con ribetes rosa... logrados también tras otra campaña larga y ardua de la pequeña diva de la moda. Pero Phoebe tenía que reconocer que la niña estaba muy graciosa.

Carly había heredado el cabello pelirrojo de su abuela y de su madre. Los rizos también eran de la abuela, pero en este caso se habían saltado una generación, porque el pelo de Phoebe era completamente liso. Los ojos azules brillantes también eran de la abuela Essie. La generación del medio, como se denominaba Phoebe a sí misma, los tenía verdes.

Las tres tenían la tez clara propia de las pelirrojas, pero Carly había heredado los hoyuelos que Phoebe deseaba tener de niña, y una bonita boca con una hendidura marcada en el labio superior.

A veces Phoebe miraba a su madre y a su hija, y en un arrebato de ternura se preguntaba cómo podía ser ella el puente entre aquellos dos seres tan perfectamente coincidentes.

Pasó una mano por el hombro de Carly, y después se agachó para estampar un beso en los atolondrados rizos rojizos. En respuesta a su gesto, Carly le dedicó una amplísima sonrisa que dejó al descubierto el hueco de dos dientes caídos.

—El mejor asiento de la casa.

Detrás de ellas, solo a un paso del umbral, Essie les sonreía.

—¿Has visto al perro, abuela?

—Ya lo creo.

El hermano de Phoebe se volvió hacia su madre.

—¿Quieres una silla, mamá?

—No, cariño. —Essie hizo un gesto cariñoso a Carter—.

No es necesario.

—Puedes acercarte otra vez a la barandilla, abuela. Te cogere la mano todo el rato. Como en el patio.

—De acuerdo, de acuerdo. —Pero la sonrisa de Essie era tensa mientras cruzaba la corta distancia hasta la barandilla.

—Lo verás mejor desde aquí —empezó Carly—. ¡Ya viene otra banda! ¿Te gusta, abuela? ¿Has visto qué fuerte pisan?

«Cómo tranquiliza a su abuela —pensó Phoebe—. Le da la mano para que se calme. Y Carter también, al otro lado de mamá, cómo le acaricia la espalda mientras le señala la multitud...»

Phoebe sabía qué veía su madre cuando miraba a Carter. Teniendo un hijo propio, comprendía exactamente ese amor intenso y abrumador. Pero para ella debía de serlo doblemente, pensó Phoebe. Su madre solo tenía que mirar a Carter —sus cabellos castaños espesos, esos ojos cálidos color avellana, la forma de la barbilla, la nariz, la boca—, para ver al marido que había perdido siendo tan joven. Y todos los sueños que murieron con él.

—¡Limonada fresca! —Ava apareció empujando un carrito—. Con mucha menta, para que se vea bien verde.

—Ava, no tenías que tomarte tantas molestias.

—Por supuesto que sí. —Ava se rió y echó hacia atrás su llamativa melena rubia.

A los cuarenta y tres años, Ava Vestry Dover seguía siendo la mujer más hermosa que Phoebe conocía. Y tal vez la más buena.

Cuando Ava levantó la jarra, Phoebe se adelantó.

—No, serviré yo. Tú ve a disfrutar un rato. Mamá se sentirá mejor contigo al lado —añadió Phoebe, bajito.

Asintiendo con la cabeza, Ava se acercó a Essie y le tocó el hombro. Después se colocó al otro lado de Carly.

Esta era su familia, pensó Phoebe. Es verdad que el hijo de Ava estaba en la universidad, en Nueva York, y que la bonita esposa de Carter estaba trabajando, pero esta era la base, lo fundamental. Sin ellos, le daba la sensación de que vagaría como una mota de polvo.

Sirvió limonada, distribuyó los vasos y se situó junto a Carter. Apoyó la cabeza en su hombro.

—Qué pena que Josie no pueda estar aquí.

—Sí, es una lástima. Vendrá a cenar si puede.

Su hermanito pequeño ya era un hombre casado.

—Deberíais quedaros a pasar la noche, ahorraros el tráfico del fin de semana y la alocada juerga.

—Nos gusta la alocada juerga, pero le preguntaré si le apetece. ¿Te acuerdas de la primera vez que vimos el desfile desde aquí? Aquella primavera después de Reuben.

—Me acuerdo.

—Era todo tan brillante, ruidoso y absurdo... Estaban todos tan contentos... Creo que incluso la prima Bessie sonrió un par de veces.

«De indigestión, seguramente», pensó Phoebe con una pizca de amargura.

—Sentí que con un poco de suerte todo iría bien. Que no escaparía y vendría a por nosotros, que no nos mataría mientras

dormíamos. La Navidad no me trajo eso, aquel primer año, no, ni por mi cumpleaños. Pero viéndolo ahora, aquel año pensé que tal vez todo saldría bien al fin y al cabo.

—Y salió bien.

Le cogió la mano y se quedaron así, entrelazados por debajo de la altura de la barandilla.